

## Del Arte: ¿Necesidad de innovar?

Maria Melba

Buscar una definición de arte, concreta, inequívoca y objetiva, sería, por sí misma, una tarea compleja y polémica. No hay necesidad de hondear mucho en conceptos, sino en la relación que existe entre ellos y el propio arte.

Uno de ellos, es la inapelable necesidad de la innovación. Y en este terreno, sí, que tenemos una tela amplia para cortar...

Desde el principio del arte, similar al principio del propio hombre, se ha tenido la necesidad de innovación. La necesidad de la creación original, del progreso, de la negación a una realidad estática e inexorable. Y ello, a través de los siglos ha desencadenado en el infinito abanico de estilos, que vemos en la actualidad y en la historia misma. Variados, tan diferentes entre sí, que me atrevería a decir que el único común denominador entre ellos, es la expresión de las necesidades del hombre de su tiempo y contexto histórico.

Desde la era primitiva, en donde el hombre, quizás privado de una visión global, retrataba en su arte rupestre, sus necesidades inmediatas: la comida y la reproducción. (Arte de cacería, e ídolos a divinidades, en donde se resaltan los caracteres sexuales del hombre y la mujer). El período Clásico, en donde el arte se enfocó en enaltecer la belleza humana. (Lineamientos del arte occidental se basaron en los cánones griegos de belleza, la sección áurea, simetría, etc.) Después, en la Edad Media, en donde el románico (cuya aparición justo después de la caída del Imperio Romano, se funda bajo algunos preceptos arquitectónicos de la antigua Roma) y el gótico (que surge a partir de la fusión del Imperio Romano Occidental con las culturas bárbaras –godos- y cuya tendencia a la verticalidad y rigidez en las estructuras es primordial) se apropiaron del arte y lo convirtieron en una poderosa propaganda religiosa. El Renacimiento, (que vuelve a los cánones de Clásicos de los Griegos y Romanos de la simetría, así como los ideales filosóficos platónicos de la idealización), cuya intención primordial era el renacimiento de la intelectualidad de la raza humana. Una época de descubrimientos tan radicales, que incluso hasta nuestras fechas continua su boga (el óleo, por ejemplo). Además de ser el periodo que nace el artista como tal, Da Vinci, Leonardo, Miguel Angel, Boticelli, etc. Después, el Barroco, (con su clara tendencia escenográfica y tendencia manierista que habían heredado de Miguel Angel y Caravaggio), con la necesidad de la exageración, del arrobamiento, del apasionamiento; en donde el adorno y el exceso, son el principal vehículo de expresión de Rembrant, Rubens, Velázquez, etc.

Entonces llega la sucesión y alternación de estas dos mentalidades, que batallan y se reinventan con el contexto histórico constantemente, procurando mantenerse actuales, en una dialéctica que, aunque parece sitetizarse cada período, en realidad sigue siendo igual de repetible y reinventable, y entran y salen movimientos mayores como el neoclasicismo, romanticismo, realismo, naturalismo, etc.

Pero no es sino hasta la revolución industrial, que el arte demandó también un cambio que fuese a la par con el de la urbanización masiva.

Aparece entonces el Impresionismo, con la necesidad, ya no de plasmar la realidad –para ello, por aquel entonces, la fotografía les reemplazaba a la perfección-, sino del amor incondicional al color y la luz; y con ellos se dio un nuevo impulso a la necesidad de innovar.

Pero el impacto fue tremendo. Nadie aceptaba el hecho de que un montón de manchas, con formas antropomórficas vagas, pudiesen representar algo, ni remotamente artístico, o real. Los impresionistas fueron rechazados en su momento, por la

incapacidad del espectador de dejar los prejuicios por un lado, cuando se entra en contacto con la obra. Claro que esto es un proceso normal, natural, quizás irrevocable, y eso es lo que trato de probar.

L'art pour l'art (o el Arte por el Arte). En el momento que nace este concepto, muere todo lo demás. Y justo en este momento, en que los socialistas auguraban un cambio necesario, en dónde la estabilidad era una realidad, y la calidad de vida en un punto bastante aceptable, desde una vista global; llega una crisis, del ser humano, que repercutiría en todos y cada uno de los rubros, incluyendo, naturalmente, la producción artística: La guerra.

La guerra y el capital han sido las principales causas de la enajenación del hombre del siglo XX, es innegable esta aseveración, e innegable es también que esto se ha reflejado en todas las artes. Aunque, seguramente, todo ello comenzó mucho antes, con Van Gogh, el Padre del Expresionismo. Una mente torturada, misántropa, muy probablemente debido a su propia genialidad, y víctima de su propia soledad, llevándole a la insania y finalmente al suicidio. Un hombre con el que se podría enumerar – Nietzsche, Beethoven, Poe, De Sade, Da Vinci, y- a otros tantos que, en diferentes épocas, movimientos, necesidades, y empujados por su propio sentido individual, y la capacidad de, no solo de un artista, sino, quizás algo más trascendental: La capacidad de ponerse sobre la sociedad y sobre sí mismo, para criticar, a ella, y ellos mismos; para entenderla, y entenderse; explorarla y explorarse; expresar por ella, como un reflejo de sí mismos; y cuando la perturbación es absoluta, repudiar e insultar, a ella, y a sí mismos.

Es también es en este momento que la necesidad de innovar parece dejar la disyuntiva de sentidos y razón y se tuerce, y se separa en algo mucho más complejo, más semejante a la cultura actual, diversa y cosmopolita, que a aquel arcaico maniqueísmo clásico. Y nace a partir de esto, movimientos como el fauvismo, cubismo, futurismo, expresionismo y el contrarrevolucionario dadaísmo, y dan al artista y al arte la oportunidad de la experimentación, mucho más allá de una descontextualizada representación de la realidad, y un simbolismo obvio y anticuado.

Situémonos.

Es el momento. Estamos en medio de la guerra. Si vas a ella, sufres, por obvias razones, si te quedas en casa, las cosas son iguales, problemas económicos, angustia, muerte a diestra y siniestra, cuestionamientos existenciales, todo es caos, a dónde mires, el caos te persigue. ¿Qué harías entonces? A Munch se le ocurrió gritar. A Duchamp, destruirlo todo. Es una reacción mucho más razonable y psicoanalíticamente correcta, qué ir a un museo y admirar las madonnas de Rafael o la Venus de Boticelli... ¿Qué harías tú, hombre común?

Solo la dignidad separa, la total desesperación de la absoluta irreverencia. Solo esta divide al Expresionismo del Dadaísmo.

El postulado expresionista, que pretende representar a toda costa la decadencia humana, reflejada en la propia decadencia del artista, Gregor Samsa, -de Kafka-, el hombre que de pronto se da cuenta que no es sino un bicho; “El Grito” de Munch, hecho por un sujeto sub-humano, ante una ingnota e incoherente desesperación; Klee que representa su soledad como un pez dorado, en un mar negro, aislante, que representa el contexto social e histórico castrante y antihumano.

Sin embargo el Dadaísmo, que puso el grito en el cielo. Fue el quién decidió destruirlo todo, que no había necesidades de hipocresías, ni de sentimentalismos, la sociedad era un parásito, y debía destruirse.

O el Futurismo, que veía en la acción, en el dinamismo, en el movimiento la belleza misma. Y ante las frustraciones de la sociedad, vieron en un tiempo, todas sus esperanzas en la guerra y la revolución armada.

Pero ¿qué es lo que piensa el hombre común del siglo XXI? ¿La necesidad de innovar es irrevocable, o uno podría pensar que es mucho mejor la época bella, renacentista, a pesar de que esta lleva unos quinientos años de antigüedad y esta completamente descontextualizada de la realidad actual.

Es de sobra conocido la apreciación, del hombre inexperto en el arte, sobra aquello tangible y bello ante todo. Por ello no podríamos sorprendernos que muchos se inclinen por una Madonna de Rafael o la Capilla Sixtina, que por “El Grito” de Munch, o “La Fontaine” de Duchamp.

Ante esto, uno no puede evitar la pregunta: ¿Cómo son capaces de observar la belleza de la Capilla Sixtina, o la Madonna, saber interpretarla y apreciarla; y la soledad enloquecedora de “El Grito”, es un mero fantasma, o la decisión de destrucción como un ente de prudencia? ¿En qué burbuja vive el hombre para no darse cuenta de la pobreza, de la miseria y la desesperación, común denominador de este siglo, compuesto en su mayor parte por una, de una despersonalización del individuo, promovida por los medios masivos de comunicación, un clima de discriminación y grupismo implícito en cada sociedad? ¿Por qué el hombre es, acaso deliberadamente, ciego a aquello que es decididamente negativo, sin embargo real y sustentado, y se deslumbra ante la belleza, totalmente casual e incluso a veces, irreal y platónica?

Las respuestas hacen algo más que darnos miedo. Echan por tierra cualquier aseveración de que el arte sea algo universal, sino que esta destinado para mentes educadas, y para su comprensión total se debe hacer un estudio previo, al artista, a su contexto, a su realidad.

Es por ello que el arte ha evolucionado hasta estos extremos, tomemos, por último uno de los movimientos que se dieron más fuertes en los últimos años, y que algunos siguen cometiendo el error de decir que es simple y que por ello es malo. El Pop-Art, simple y comercial, solo reitera las realidades de nuestra actualidad, en donde nuestra sociedad se basa en la comercialización, no sólo necesaria, sino indiscriminada. Y por ello se justifica el Pop-Art, por que los creadores son hombres de la nueva generación, de la generación de la televisión a color, de los LP's, del rock 'n' roll, del consumismo, de Norte América... por ello tienen el derecho a ser simples, tienen el derecho, y quizás el deber social de representar el papel de la simplicidad, casi rayando en la anti-intelectualidad o, incluso a veces en la incoherencia o imbecilidad; debido a su calidad de representantes del hombre común. Por qué eso es el hombre común (a según de Warhol), con una mente tan horriblemente simple como una lata de sopa Campbell's.

Ese es el deber del artista: Ser un espejo del hombre, a pesar de que quizás no siempre nos guste lo que veamos en él.